

## El sabor de la docencia

Abelardo Carro Nava

Maestro en Educación. Profesor-investigador de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco”, Santa Apolonia, Teacalco, Tlaxcala. [lalitonan8@gmail.com](mailto:lalitonan8@gmail.com)

Con el transcurrir de los años la docencia adquiere un sabor diferente, me consta.

Pienso que su textura y consistencia ha ido cambiando y, desde luego, su evolución no se ha detenido, como tampoco se ha detenido el tiempo y el cúmulo de experiencias adquiridas en cada aula y con cada uno de los estudiantes que llegamos a conocer a lo largo de los años.

Y es que los recuerdos de esos primeros años de servicio siguen tan frescos en mi memoria que, tal parece que fue ayer, cuando recorría con mis alumnos algunas comunidades indígenas en la zona serrana del estado de Puebla. Claro, el plan de estudios establecía que los estudiantes de las escuelas Normales debían conocer tres contextos: el urbano, rural e indígena, con el propósito de observar el quehacer docente en condiciones reales de trabajo, así como los comportamientos y aprendizajes de las niñas y niños.

Toda una odisea los preparativos del viaje, sobre todo, al contexto indígena: el contacto con algún profesor de la jefatura de sector o de esa zona, la estancia en algún municipio con características muy particulares, los alimentos de los chicos, el transporte, la visita a algunas comunidades y escuelas multigrado inimaginables, entre otras cuestiones más, marcaron un parteaguas importante; y no es para menos, las condiciones tan precarias en las que se desarrollaba un proceso educativo de singular trascendencia en la vida de los seres humanos, generó momentos de reflexión tan necesarios, pero vitales para comprender el entramado al que muchos suelen llamar docencia.

---

Tal vez ello motivó ese espíritu rebelde, entusiasta e inquebrantable en mis primeros años frente a grupo; tal vez fue el carácter e identidad que desde niño se fue formando cuando veía caminar a mi padre hacia su escuela primaria; o tal vez fue el cúmulo de factores que se reunieron en un momento en la vida de un individuo; en realidad no sé lo que haya sido, lo que sí sé es que la docencia: o se vive de manera intensa o no se vive y, si no se vive, entonces no es docencia.

Ya lo decía José M. Esteve (1993, p. 46) en su singular texto intitulado *La aventura de ser profesor*: “*La enseñanza es una profesión ambivalente. En ella te puedes aburrir soberanamente, y vivir cada clase con una profunda ansiedad; pero también puedes estar a gusto, rozar cada día el cielo con las manos, y vivir con pasión el descubrimiento que, en cada clase, hacen tus alumnos*”, y es cierto.

No sé porque hay quienes deciden enfrascarse en un debate interminable que les permita definir si la docencia es una vocación o una profesión como cualquier otra que existe en el mundo contemporáneo. Desde mi perspectiva, ni vocación ni profesión permitirían explicar lo que es la vida en la vida misma porque, sin lugar a dudas, respirar docencia, beber docencia, transpirar docencia, sentir docencia o alimentarse de la docencia, parece ser una ecuación que no cuadra en la ciencia; pero ¿qué método científico podría explicar lo que a cada individuo le significa este noble ejercicio?

Cierto, como todo en la vida, no niego la existencia de altibajos, y porque no decirlo, de aquellos errores que llegamos a cometer en nuestro camino. Son, por así decirlo, hechos difíciles y hasta imposibles de prevenir y evitar porque la docencia se vive en el acto, sin que sea pleonasma; se vive en ese preciso momento en el que no hay mucho tiempo y espacio para pensar, solamente para decidir y actuar en consecuencia.

Sí, es probable que alguien pudiera preguntar: *y entonces, ¿para qué planeas?*; justamente se planea porque, pienso, se tiene una visión de las cosas, es decir, una proyección de lo que podría ocurrir si realizamos tal o cual cosa en el grupo, sin embargo, ese preciso instante en el que sucede el encuentro entre dos mundos que indistintamente

son un mismo mundo, no siempre se produce la magia, aunque sí el conocimiento mutuo. Entonces, si llegó a existir algún error o equivocación en el camino, el tiempo y la reflexión dictará su veredicto. En todo caso, la idea no es pasarlo por alto, es retroceder un poco para preguntarse por qué pasó esto o qué tendría que hacer para que no sucediera aquello.

Curiosamente, por aquellas cosas extrañas de la vida, el error o la equivocación se suelen vestir de gala nuevamente; parece obvio, aunque no lo es tanto, el que se haya reflexionado y replanteado un próximo escenario con otro grupo de alumnos, o con los mismos con los que se está trabajando, nada asegura que no ocurran tales conceptos; y entonces, *¿por qué sucede esto?* La respuesta, aunque parece clara tampoco lo es tanto: la interacción entre seres humanos genera caminos inescrutables por los que la docencia es simple y maravillosamente eso: docencia.

Sí, con el transcurrir de los años la docencia adquiere un sabor diferente, me consta: el de la experiencia. De hecho puedo asegurar que después de varios años de servicio se disfruta de diferente manera, es decir, aunque esa intensidad y pasión siguen presentes, la diferencia radica en la forma en que ahora se procesa; no es que la juventud vaya dando paso a la adultez y vejez que, indistintamente, comienzan a asomarse a la puerta; no, no es eso; pienso que el disfrute se vive a partir del otro, del que ha estado contigo en todo este camino: tu alumna o alumno; no es que haya sido tu enemigo en todo este tiempo, sólo que hoy suele convertirse en algo más que tu amigo: en ti mismo; con tus sueños, tus anhelos y deseos. Y eso es el mayor triunfo conseguido.

Sí, con el paso del tiempo la docencia adquiere un sabor diferente; me consta.

## Referencia

Esteve, J. M. (1993). La aventura de ser profesor. *Cuadernos de Pedagogía*, (266).